



El shock del petróleo



Felipe Delibes
Director de Ingeniería Comercial
Universidad Andrés Bello

El precio del petróleo volvió a recordarnos cuán repentina es la economía global y los shocks externos. La reciente escalada geopolítica en Medio Oriente —con tensiones en torno a Irán y el estrecho de Ormuz— empujó el barril de Brent por sobre los US600, llegando a rozar los US820. Aunque hoy fluctúa en torno a los US699-600, el impacto ya comenzó a sentirse con fuerza en Chile.

En un país que importa casi el 100% del petróleo que consume, este escenario se traduce en altas significativas en los combustibles: hasta US10 por litro en benzinas y SGN en diesel. La magnitud del ajuste no es casual. El mecanismo de estabilización de precios (MEPCO) fue diseñado para permitir un traspaso más rápido del shock externo, ante un costo fijo que alcanza hasta US200 millones semanales. Simplemente, no había margen para seguir amortiguando.

Las consecuencias son inmediatas y sobre todo, proyectables. Solo el efecto de los combustibles podría añadir cerca de un punto porcentual a la inflación de abril, con un IPC que podría superar el 1% mensual. La U subirá en torno a 500, considerando créditos, arriendos y servicios indexados. A eso se suma el impacto en transporte, alimentos y logística, en una economía altamente dependiente del dólar. En ese contexto, el Banco Central difícilmente podrá avanzar en recortes de tasa y probablemente aumentará su política en torno al 5%, buscando comenzar la expectativa inflacionaria.

No obstante, el elemento más relevante no está solo en la magnitud del alza, sino en su persistencia. Es el tipo de shock, por definición, que se prolonga. La historia muestra que los conflictos geopolíticos tienden a estabilizarse y que el precio del petróleo eventualmente corrige. El problema es que los precios inertos no siguen el mismo camino.

Aquí aparece el concepto de "normalidad". Los costos suben rápido y los precios lo hacen de inmediato, pero cuando los costos bajan, los precios lo hacen con lentitud o simplemente no retroceden en la misma proporción. Las razones son múltiples: márgenes de ganancia que se consolidan, efectos de segunda ronda en salarios y servicios, y expectativas inflacionarias que tienden a anclarse en niveles más altos.

Chile ya experimentó este fenómeno en 2022, tras el shock provocado por la guerra en Ucrania. Las benzinas subieron con fuerza y, aunque el petróleo posteriormente retrocedió, los precios no volvieron a su nivel previo. Se instaló un nuevo piso. Todo indica que el escenario actual podría repetir ese patrón.

Por eso, aunque el shock que hoy enfrentamos sea coyuntural, sus efectos pueden ser duraderos. La inflación de este año probablemente será mayor a la prevista, el costo de vida se ajustará al alza y el espacio para políticas expansivas se reducirá. En otras palabras, el impacto no termina cuando baja el petróleo.

Más que alarmismo, esto es realismo económico. El precio del crudo puede normalizarse en los próximos meses, pero los precios que hoy subieron el transporte y en la cadena básica tienen una alta probabilidad de quedarse arriba. Eso es la verdadera herida de estos episodios: los shocks pasan, pero sus efectos en el bolsillo suelen quedarse mucho más tiempo.